

La educación superior y el desarrollo iberoamericano

Por José NARRO ROBLES*

Introducción

BUENOS DÍAS, tengan todas y todos ustedes. Para mí es un privilegio dirigirme a ustedes en esta oportunidad. Quiero saludar a la muy apreciada Dra. Sara Ladrón de Guevara, rectora de la Universidad Veracruzana. Agradecerle la gentileza de su invitación para participar en esta oportunidad y, sobre todo, sumarme a las felicitaciones por la organización de esta reunión. Muchas felicidades.

Saludo respetuosamente al señor subsecretario de Educación Superior, al señor secretario de Educación Pública de este Estado, al señor secretario general de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). A la querida y muy apreciada directora del Instituto Politécnico Nacional, a la señora diputada, a los personajes que nos acompañan a presidir esta ceremonia.

Y, de manera muy especial, saludo a las rectoras y los rectores que nos acompañan, a los representantes de instituciones de educación superior y de redes de universidades que se han estructurado en nuestra región en Iberoamérica.

Saludo con mucho aprecio a académicos y a quienes se han tomado la molestia de acudir el día de hoy a esta reunión.

Quiero empezar mi intervención sumándome al comentario que hizo la señora secretaria general para Iberoamérica, en el sentido de rendir un homenaje a Emilio Botín, presidente del Banco Santander, personaje a quien vamos a extrañar, individuo generoso, gentil, con una gran capacidad de convocatoria; para él un recuerdo emocionado, con enorme gratitud por su compromiso a favor de la educación superior, por un trabajo sostenido a lo largo de más de quince años a favor de la causa de las universidades y por haber tenido la visión para estructurar la red de universidades, la más

* Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Conferencia magistral presentada en el Foro Internacional Educación Superior y Desarrollo Iberoamericano, Boca del Río, Veracruz, 17 de septiembre de 2014.

grande, y apoyar el desarrollo de tres encuentros internacionales. Para él, insisto, un recuerdo emocionado porque junto a todas esas condiciones, junto a su generosidad, era un hombre afable, cercano a los rectores, ante quien se podían plantear ideas, proyectos que normalmente impulsaba.

Quiero, de igual manera, decir gracias a dos colaboradores que me ayudaron a preparar parte del material que voy a presentar con ustedes, a mis colegas David Moctezuma y Juan Aróstegui, muchas gracias.

Como siempre digo, los aciertos, si es que hay alguno en la presentación, corren a cargo de ellos, los errores son absolutamente imputables a un servidor.

ME llena de satisfacción estar con ustedes, dignos representantes de instituciones de educación superior de la región iberoamericana. Me complace enormemente hacerlo en este momento que considero decisivo para la educación superior en la región. Sé que quienes aquí coincidimos compartimos la certeza de que la educación superior, el conocimiento, la ciencia, la investigación, el arte y la cultura son las bases para que nuestras naciones alcancen un desarrollo mejor, una mayor igualdad y un bienestar más elevado para los iberoamericanos.

Este año, al igual que hace cuatro, han coincidido la reunión de rectores de Universia —celebrada en Río de Janeiro—, la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación que tuvo lugar en la Ciudad de México y, en unos meses, la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, que se desarrollará en Veracruz.

Me da gusto que los gobernantes mantengan en su agenda de trabajo los temas de la educación superior y la ciencia. Hago votos porque se tengan resultados que favorezcan a las sociedades de nuestra región.

En las reuniones referidas de rectores y de ministros de educación, se llegó a acuerdos que se presentarán a los jefes de Estado y de gobierno en la Cumbre próxima. A esos acuerdos me referiré más adelante. Antes quiero abordar diversos temas que espero sirvan para las discusiones que se darán en esta primera mesa con el título de “Educación superior, globalidad y formación de nuevas generaciones”.

En primer lugar esbozaré algunas ideas sobre lo que nos une como países de Iberoamérica y las singularidades que hacen de

América Latina una región llena de paradojas: por un lado, grandes potencialidades y recursos que bien aprovechados nos llevarían a alcanzar un futuro como el que deseamos, y por el otro, problemas, algunos muy antiguos, prácticamente de siempre, y otros más recientes.

En segundo lugar, en el contexto de la relevancia del conocimiento en la era actual, plantearé algunos argumentos sobre la importancia de la institución universitaria para el desarrollo de la región y cuatro desafíos que enfrentan la educación superior y las universidades.

Finalmente, expondré las ventajas que brinda la tendencia mundial de internacionalización de la educación superior a nuestras instituciones y a nuestros países. Internacionalización que se hace realidad mediante la cooperación interinstitucional, la movilidad de estudiantes y académicos, al igual que la conformación de redes de investigación, entre otras acciones. Esta tendencia en Iberoamérica va caminando y espero que, como dije antes, a partir de este año emprendamos acciones que nos permitan avanzar a grandes pasos en estos aspectos.

Paso ahora a revisar algunas paradojas de América Latina.

Es realmente increíble que Iberoamérica no tenga un peso mayor en el mundo. Los países iberoamericanos, en conjunto, constituimos una comunidad muy importante. Un ejemplo es que tanto su población como el PIB nominal representan más de 9% del total mundial.

En esta región compartimos historia, cultura, tradiciones y, sobre todo, dos idiomas: el español y el portugués que nos unen. Con una cifra que supera 500 millones de hablantes, el idioma español es una de las lenguas más habladas en el mundo y más de 90% de los hispanohablantes viven en Iberoamérica. Según el Instituto Cervantes, el porcentaje de la población que lo utiliza está creciendo de manera importante. El portugués, por su parte, es hablado por cerca de 240 millones de personas en el mundo, de las cuales casi 85% habita en Brasil y Portugal.

Además de constituir una comunidad grande y de poseer un gran mercado contamos con una diversidad cultural que enriquece a nuestras naciones. En América Latina, por ejemplo, tenemos una cultura más que milenaria heredada de los pueblos fundadores, esto es, el caso de la región mesoamericana y el caso de los incas. Al

respecto, en palabras de Miguel León-Portilla, hablando de Mesoamérica, señala que constituye una de las civilizaciones originarias del orbe, esto es, una civilización que no tuvo influencia de otros pueblos, de otras culturas. Por eso es una de las cunas del progreso humano, uno de los núcleos civilizatorios del mundo.

América Latina tiene otras potencialidades. La demografía por ejemplo, que todavía actúa a su favor. En América Latina habitan 106 millones de jóvenes que tienen entre 15 y 24 años y que representan 18% de la población total, en tanto que la edad mediana en la región es apenas de 28 años. Se trata de una gran ventaja que debemos aprovechar. Parte de la responsabilidad corresponde a las instituciones de educación superior. Si no actuamos correctamente, en 20 o 30 años en lugar de haber aprovechado el así llamado “bono” demográfico tendremos que cubrir un terrible pagaré poblacional.

Entre las riquezas de América Latina que pueden destacarse se encuentran las siguientes: en la región se dispone de la mayor reserva de bosques y madera del mundo; de 10% de las reservas naturales de petróleo; de 46% de la oferta renovable anual de agua potable; de 25% de la tierra cultivable; de 40% de la producción y reservas de cobre y plata; de 25% de la oferta mundial de carne bovina; y de 21% de la carne de pollo. Creo que con frecuencia tenemos olvidado el potencial de que se dispone en la región.

No obstante, enfrentamos en América Latina grandes rezagos y problemas. El más importante, que viene casi desde el origen de nuestras naciones y que en todo caso refleja y sintetiza a los demás rezagos, es la desigualdad. La desigualdad es un problema histórico y estructural en esta parte del mundo. No formamos parte de la región más pobre, pero sí de la más desigual del planeta. Según datos del Banco Mundial, en 2010 el 10% más rico de la población recibía, en promedio, casi 39% de la riqueza, mientras el 10% más pobre obtenía apenas 1.3%, una diferencia de 30 tantos.

Los niveles extremos de desigualdad que se viven actualmente en todo el mundo, constituyen una amenaza para la democracia y para el Estado de derecho, éste es el caso de nuestra región. Ya son varios, numerosos, los economistas que hacen la advertencia de la dicotomía que se vive entre el sistema económico dominante y la vida en democracia. La desigualdad, plantean, lleva a las sociedades a buscar soluciones que pueden conducir al autoritarismo o alternativas que afectan los logros del sistema democrático.

Un hecho que incrementa la desigualdad en nuestros países es, por supuesto, el asunto de la pobreza, capítulo en el que se han hecho avances notables, pero en el cual los indicadores de la región en su conjunto siguen siendo preocupantes. Según la CEPAL, en un informe reciente, 28% de la población, equivalente a 164 millones de personas, se encuentra en situación de pobreza. De ellos, hay 68 millones que viven en condiciones de pobreza extrema en América Latina.

El ingreso nacional bruto per cápita de América Latina y el Caribe ascendía, en 2012, a poco más de 10 mil dólares, mientras que en los países de desarrollo humano muy alto la cifra fue de 33 391 millones. Más de tres tantos de diferencia. La riqueza en la región está mal distribuida y al mismo tiempo no convenientemente explotada.

Otro problema que se enfrenta en América Latina es la situación de los valores cívicos y el caso de los jóvenes. Debemos tener presente que la desigualdad está relacionada con la crisis de valores que se vive hoy en día. En un mundo donde el éxito se percibe como la posesión de bienes y recursos financieros, así como la acumulación de los más recientes aditamentos electrónicos y artículos de lujo, la desigualdad genera, entre los que carecen de lo fundamental, un sentimiento de frustración que puede llevarlos a considerar vías rápidas para tener lo que a otros les sobra, entre estas vías, la delincuencia. Sobre todo entre los jóvenes, esta condición provoca desilusión con respecto a los valores, la democracia y al propio Estado de derecho.

Con respecto a los jóvenes y el empleo, uno de cada dos labora en la economía informal, por lo que su nivel de ingreso es mucho más reducido que el de los trabajadores formales, además de que carecen de derechos laborales, de seguridad social y de atención a la salud. A ello se suma que están condenados a una baja productividad, lo que afecta las posibilidades de crecimiento económico de los países.

Por otro lado, la tasa bruta de matrícula en educación superior se encuentra, de acuerdo con los datos de la UNESCO, en 41% en nuestra región. Esto quiere decir que, en promedio, seis de cada diez jóvenes latinoamericanos en edad de cursar este nivel no lo hacen. Pero al tomar en cuenta los datos de cada país, se observa que es el caso por lo menos de cuatro países latinoamericanos, en donde menos de dos jóvenes de cada diez pueden ingresar a instituciones de educación superior.

A esto se suma que, con datos de 2011, 20.4% de quienes tenían entre 15 y 24 años de edad, esto es, casi 22 millones de ese grupo etario, no estudia ni trabaja. Ésta es una situación preocupante, una situación ante la cual deben tomarse medidas urgentes. Si esto afecta el desarrollo y el futuro de nuestros países, no puede uno imaginar lo que genera en las personas, en estos jóvenes que desean estudiar o por lo menos tener un empleo digno y no consiguen ni una cosa ni la otra.

Para empezar a solucionar estos problemas, la región debe desarrollarse con tasas de crecimiento altas y sostenidas y con políticas públicas que aseguren la salud y la educación de la población. Políticas que acentúen el uso del conocimiento para la generación de valor agregado a materias primas, bienes y servicios; políticas que fomenten la innovación en todos los campos, la generación de empleo pleno y, de forma especial, políticas que contribuyan a poner en práctica acciones efectivas, democráticas y solidarias, que mejoren sustancialmente la distribución de la riqueza nacional y combatan la desigualdad.

¿Cuál es el papel de las universidades ante tales realidades? Si bien es cierto que nuestras instituciones no tienen la posibilidad de resolver problemas tan complejos, tampoco pueden permanecer indiferentes.

Tengo la convicción, y sé que algunos de ustedes la comparten, que si bien es cierto que la tarea de las universidades es de orden académico, las consecuencias del cumplimiento de su mandato son, aparte de académicas, sociales, económicas e incluso políticas. Es por esto que desde las universidades se debe alentar el fortalecimiento democrático de nuestros países, el progreso y la lucha contra la injusticia y la exclusión. Para ello requerimos de la energía derivada del saber. Necesitamos de la ciencia y la tecnología, pero, por supuesto, de manera subrayada, de las humanidades, las ciencias sociales, las artes y la cultura.

En las universidades se modelan las personas de alto nivel que las nuevas circunstancias demandan. Se forman individuos preparados, comprometidos socialmente con el desarrollo de su país y de la humanidad, educados en los valores laicos y con una formación ciudadana completa.

Una de las funciones de la educación superior es contribuir a la movilidad social, al mejoramiento de las condiciones de vida de la colectividad. En esto, las universidades públicas son imprescindibles. Ellas tienen un claro compromiso de formar profesionales

en todas las áreas del conocimiento, profesionales capaces de desenvolverse en un mundo cambiante y exigente, críticos y con conciencia y compromiso social. Por ello, son indispensables para la vida democrática de los países.

En las universidades públicas se cultiva la gama más extensa de campos disciplinarios y profesionales, tanto las ciencias y las tecnologías como las humanidades y las artes. Gracias a ellas nuestra región cuenta con una diversidad de programas de posgrado de alta calidad y en ellas se lleva a efecto la mayoría de las actividades de investigación de nuestros países.

La Universidad es parte fundamental del sistema social porque cumple con las funciones de preparar recursos humanos, de realizar investigación en todas las áreas del conocimiento y de extender la cultura. Por ello y porque se sitúa en la esfera pública de la sociedad, el quehacer universitario es un bien público que adquiere sentido dentro de un proyecto de largo aliento, que apunta a la construcción de una sociedad más democrática, justa y equitativa.

Los desafíos que tiene la educación superior en el mundo y en especial en la región iberoamericana son de magnitud considerable. Deben ser atendidos para que los países de la región tengan fortaleza para combatir, por ejemplo, la desigualdad social y para alcanzar mejores niveles de vida en democracia. En esta ocasión no me referiré a tres de los desafíos que con frecuencia comentamos: el del financiamiento, el de la calidad y el de la evaluación. Por el contrario, voy a hacer referencia a otros cuatro.

Un primer desafío tiene que ver con la formación que damos a los jóvenes. Debemos, desde las universidades, ser capaces de despertar en los estudiantes el interés por el conocimiento científico, debemos ser capaces de fomentar la creatividad, la posibilidad de ver los problemas desde puntos de vista diferentes, de crearles un espacio propicio para que desarrollen y ejerzan la creatividad.

Debemos formar más científicos, más investigadores, más jóvenes dedicados al desarrollo de la tecnología. Pero, de nueva cuenta, darles a ellos una formación integral que incluya la cultura, las humanidades, las ciencias sociales. Esto, por supuesto, en adición con el hecho de que no se debe renunciar a la formación de humanistas, de historiadores, de escritores y de poetas, de sociólogos y antropólogos, de artistas y filósofos. Como respondía recientemente a un periodista, aunque nunca aparecen avisos clasificados solicitando a un poeta, a un artista o a un filósofo, las

universidades deben continuar formando poetas, artistas y filósofos. Pobre sociedad aquella que olvide cultivar las humanidades.

Nuestras universidades se ven con frecuencia sometidas a una presión cada vez mayor para “dar resultados”, de “responder a las necesidades del mercado laboral”. Con alguna frecuencia, incluso, se les acusa, sobre todo a las públicas, de no formar a los profesionales que las empresas necesitan.

A estas críticas he respondido y ahora lo reitero: las universidades no capacitamos empleados, formamos seres humanos altamente preparados, con valores, con capacidad de pensar y analizar, y por lo tanto, críticos. Seres humanos educados para impulsar el cambio de las sociedades.

Un segundo reto muy importante está en la ampliación de la cobertura de la educación superior. La baja cobertura en este nivel es un obstáculo para que una nación participe en la sociedad del conocimiento. Ésta no es una tarea sólo de las universidades, por supuesto, pero desde ellas debemos hacer lo posible por contribuir a su solución, ya sea con nuestra infraestructura, incrementándola o, por lo menos, llamando la atención de la sociedad sobre el problema.

El presente y el futuro demandan a la educación superior formar “ciudadanos del mundo”. Seres humanos libres, responsables, informados, tolerantes, respetuosos de los derechos humanos, con conocimientos para participar en la búsqueda de soluciones a los problemas más graves.

En el ámbito de la investigación, se ubica un tercer reto que se refiere a la necesidad de incrementar tanto la formación de especialistas, maestros y doctores, para lo cual se debe revisar la formación en el posgrado, cuanto los proyectos y las actividades relacionadas con dicha función. Por ello, habrá que insistir en que se incremente el financiamiento a la ciencia y el apoyo al desarrollo tecnológico.

El tema de la investigación nos conduce en dos direcciones: la primera, al compromiso con la sociedad que requiere una mayor vinculación de las actividades académicas con los problemas y demandas de nuestros países, sin olvidar la ciencia básica; la otra, a la pertinencia de desarrollar tecnología propia para lo cual se requiere de una más amplia articulación con el sector privado, en el entendido de que el desarrollo tecnológico es costoso y no

siempre nuestras instituciones cuentan con los recursos e incluso las capacidades necesarias.

Esta relación con los ámbitos gubernamental y empresarial conduce, a su vez, a pensar en el ejercicio de dos principios universitarios indispensables: la autonomía, sin la cual es imposible enseñar e investigar, y la laicidad que permite la pluralidad tan cercana a nuestras instituciones públicas, y resulta esencial en la búsqueda de la verdad y la belleza que forma parte de los fines de la academia.

Finalmente refiero un cuarto desafío, el de la internacionalización, característica que ha acompañado a las universidades desde sus orígenes. Recordemos que para tener el estatus de “estudio general”, denominación previa a la de Universidad, las instituciones educativas debían recibir alumnos de fuera de sus demarcaciones y conceder títulos que tuvieran validez fuera de ellas.

Hoy en día, con el avance del conocimiento y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, nuestras universidades deben aprovechar estas ventajas e incrementar las relaciones de cooperación entre ellas. Dicha cooperación entre instituciones de educación superior es fundamental para la solución de grandes problemas. La internacionalización es un hecho irreversible que se debe aprovechar para incrementar sustancialmente la oferta educativa y su calidad, para generar un mayor sentido de responsabilidad colectiva, al igual que para conseguir una mayor convergencia en el entendimiento humano.

Tengo la certeza de que la cooperación internacional es un estímulo para mejorar la calidad y la eficacia de las instituciones de educación superior de la región. Es una posibilidad para ayudar a reducir las brechas entre países, para encontrar soluciones a problemas globales o regionales que, más allá de la geografía, son de todos.

Hoy más que nunca, frente a los problemas que aquejan al ser humano y al planeta, la solución pasa necesariamente por la educación, por la ciencia y la cultura. Las universidades, tanto las públicas como las privadas, tanto las multicentenarias como las de fundación reciente, son depositarias de compromisos fundamentales con nuestras naciones.

En una región tan llena de dificultades como de posibilidades, hay que tener pensamiento grande, miradas de largo aliento y confianza en nosotros mismos. La internacionalización es algo más que una posibilidad. Son enormes las ventajas de compartir

proyectos, de conformar redes académicas, de desarrollar programas conjuntos de investigación, de impulsar la formación de currículos integrados con contenidos globales y, lo que considero más importante para nuestra región: incrementar la movilidad de alumnos y académicos.

Esta movilidad es uno de los grandes retos de la Universidad contemporánea. Una muestra de ello son las cifras mundiales al respecto. Sólo entre los años 2000 y 2010, la cantidad de estudiantes matriculados en establecimientos universitarios fuera de su país de origen se duplicó al pasar de 2 millones 100 mil a 4 millones 300 mil, de acuerdo con información de la UNESCO.

En la región iberoamericana hay bastante movilidad entre nuestras naciones, no obstante, los estudiantes extranjeros en América Latina y el Caribe sólo representan 1.9% del total mundial de alumnos que estudian fuera de su país.

España, por su parte, contaba con poco más de 30 mil estudiantes latinoamericanos, que representan más de 50% de los extranjeros, y en Portugal, según estos datos de la UNESCO, estudiaban unos 3 mil, lo que equivale a poco menos de 30%.

No me queda duda de que es necesario incrementar la movilidad de alumnos y también la de académicos. Por todo ello, parece obvio e incluso urgente establecer en la realidad un auténtico Espacio Iberoamericano del Conocimiento (EIC). Este Espacio también dará pie para que el español y el portugués puedan reconocerse cada vez más como lenguas para la comunicación científica. Tampoco albergo duda alguna de que las alianzas institucionales pueden ser un detonador importante para una más completa integración regional.

Me parece que estamos en un buen momento para avanzar de manera más firme en la construcción del Espacio Iberoamericano del Conocimiento. No partimos de cero. Recordemos, como lo señalaba en mi homenaje personal a don Emilio Botín, que desde hace casi quince años, bajo la iniciativa y el apoyo del Banco Santander, se creó Universia con el propósito de articular a las universidades de Iberoamérica.

En la actualidad esa red de universidades cuenta con una membresía de 1 290 universidades de 23 países. Cientos de miles de jóvenes y de académicos se han beneficiado de las actividades realizadas por Universia.

Para avanzar en la construcción de esta red se han realizado tres reuniones internacionales de rectores, la primera en Sevilla en 2005, la segunda en Guadalajara en 2010 y la tercera en Río de

Janeiro, este año. El cuarto encuentro está programado para realizarse en Salamanca en 2018, y hago votos para asistir a festejar esa Universidad en su octavo centenario.

Los compromisos asumidos durante la reunión de Río de Janeiro se expresan en la “Carta de Universia Río 2014”, donde se establecen diez claves estratégicas y once propuestas de acción para avanzar en los trabajos de la red de universidades. Destaca entre esos compromisos la conveniencia de consolidar el Espacio Iberoamericano del Conocimiento y ampliar las iniciativas de movilidad universitaria. Me parece que esta carta es importante y que debemos impulsar su divulgación en nuestras universidades.

En el mismo sentido apunta la declaración de la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, celebrada recientemente en la Ciudad de México, donde se reconoció la necesidad de impulsar la internacionalización de la educación superior en el ámbito iberoamericano, para lo que se propuso intensificar los contactos, el diálogo y la cooperación para fortalecer la construcción de una ciudadanía iberoamericana.

Creo que es el momento más adecuado para hacer realidad este Espacio, creo que casi todos coincidimos en la necesidad de hacerlo, por lo que ahora deberíamos avanzar con acciones específicas, definiendo compromisos responsables y metas por alcanzar.

En la reunión de rectores celebrada en Río se acordó comunicar las propuestas a los gobiernos, asociaciones empresariales y agentes sociales. En particular, se aceptó presentarla a la consideración de los jefes de Estado y de gobierno que se reunirán en diciembre próximo en Veracruz.

En el mismo sentido se manifestaron los ministros de educación que coincidieron con varias de las propuestas que acordamos en Universia. Entre ellas destaco:

Desarrollar las bases de un sistema de becas de movilidad académica de nivel superior centrado en la realización de periodos de estudio de grado entre instituciones pertenecientes a la comunidad iberoamericana, capaz de integrar programas ya existentes y aquéllos por crearse.

[En el mismo tenor plantearon] Encomendar a la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura y a la Secretaría General Iberoamericana elaboren junto con los responsables nacionales de las políticas de educación superior, de redes de Instituciones de Educación Superior, del Consejo Universitario Iberoamericano y de otros actores, una propuesta estratégica para la creación de dicho sistema,

contemplando principios rectores, objetivos, líneas de acción, costos y financiamiento.

Creo que los rectores de universidades de Iberoamérica podemos y debemos aportar para consolidar esta aspiración. Existe el deseo, existen los acuerdos, las líneas de acción y las propuestas. Todo parecería ahora quedar en manos de los jefes de Estado y de gobierno que se reunirán en poco más de dos meses.

Recordemos, por otra parte, que en la reunión de Río, el Banco Santander estableció el compromiso concreto de aportar 700 millones de euros, el equivalente a unos 950 millones de dólares, a proyectos universitarios en los próximos cuatro años. De ese recurso, 40% se destinaría a becas de acceso y de movilidad nacional e internacional de estudiantes y profesores de Iberoamérica.

Esto implicaría que podría contarse ya con 380 millones de dólares para movilizar en los próximos cuatro años a estudiantes y profesores de nuestros países como se ha hecho en los últimos años a través de Universia. Debiéramos aprovechar esta contribución para crear lo que en lo personal he llamado la Carretera Iberoamericana del Conocimiento o el Erasmus Iberoamericano con el propósito de que nuestros alumnos y académicos vayan de una institución a otra, de un país a otro, para que el conocimiento se enriquezca en beneficio de todos.

Al respecto tengo una propuesta, ya que proponer no cuesta nada: que los gobiernos de los países iberoamericanos integren un fondo aportando dos dólares por cada uno que aporte Santander para los programas de movilidad. Esto implicaría que en cuatro años se reunirían 760 millones de dólares, que sumados a los de Santander daría un total de 1 140 millones de dólares en cuatro años. Cada país podría aportar una cantidad de acuerdo al tamaño de su economía, de su población o de algún otro parámetro que no implique un detrimento real en sus economías.

Si esta propuesta se hiciera realidad, las universidades iberoamericanas contarían con cerca de 285 millones de dólares anuales para movilizar cada año, algo así como 40 mil alumnos o profesores durante un semestre. Estamos en posibilidad de hacer realidad un proyecto de esta magnitud. Además, habría que analizar la posibilidad de que otros grupos empresariales y financieros hicieran un aporte que sumado alcanzara, por lo menos, el esfuerzo realizado por el grupo Santander.

Los países de Iberoamérica pueden hoy intensificar la colaboración en un plano horizontal. Contamos con la tecnología y el capital humano necesarios y con la determinación de las instituciones. Disponemos del deseo y el empeño de lograr esta colaboración. Se trata de garantizar el financiamiento y una adecuada organización.

Debemos luchar juntos por un lugar en el concierto global y entre los países que se han ido estableciendo en el mundo. Mejor educación, mayor cobertura en educación superior, más investigación y desarrollo de la tecnología propia deben constituir las bases del bloque iberoamericano.

Concluyo con algunas ideas sobre la utopía. Lo hago en razón de que debo reconocer que este tema del Espacio o la Carretera Iberoamericana del Conocimiento parece ser una utopía. Lo parece así por lo complejo de lograr, por la ilusión que representa y, sobre todo, por los resultados que podrían tener. En lo personal desde al menos hace cuatro años he insistido en este sueño y he afianzado mi fe en las utopías. En un artículo periodístico reciente leía una cita de la filósofa Hannah Arendt sobre la política como arte de lo posible que me parece adecuada para este momento: “Si el sentido de la política es la libertad, es en ese espacio —y en ningún otro— donde tenemos el derecho de esperar milagros. No porque creamos en ellos, sino porque los hombres, en la medida en la que pueden actuar, son capaces de llevar a cabo lo improbable e imprevisible, lo sepan o no”.

Coincido plenamente con Arendt, necesitamos una visión de largo plazo, requerimos soñar, pensar en grande. No podemos prescindir de las utopías y en las universidades menos que en ninguna otra parte, sobre todo si entendemos a las utopías como ideales que ejercen atracción y que justifican esfuerzos.

En las universidades tenemos que construir e inculcar utopías, realidades distintas y mejores a las que vivimos. Un mundo sin ideas, un mundo sin ideales, un mundo que no se plantea utopías, es un mundo que termina en la cotidianidad más aburrida o en la indolencia menos deseable. Sostengo, por otra parte, que muchas de las utopías de ayer forman parte de la realidad de nuestro presente.

Recuperemos las utopías perdidas en un mundo donde el pragmatismo y el materialismo se han adueñado de la vida social. Como sostenía Pedro Henríquez Ureña, un latinoamericano por antonomasia: “Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la

justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía”.

Nos toca a nosotros, a esta generación, lograr la utopía de que nuestros jóvenes, en ambas orillas del Océano Atlántico, tengan la oportunidad de estudiar, tengan la certeza de conseguir un empleo digno, tengan la posibilidad de aportar y de contribuir al desarrollo de sus países.

Tenemos que fortalecer en nuestros jóvenes la esperanza, la confianza en las instituciones, en los valores que cohesionan a las sociedades, en el futuro. No debemos dejar que la esperanza y la utopía mueran cuando más las necesitamos.

Reitero mi confianza en la educación, en la educación que, como han señalado otros, no resuelve todo pero sin la cual resulta casi imposible abordar algún problema importante.

Por su atención muchas gracias.

RESUMEN

Se esbozan ideas sobre las singularidades que hacen de América Latina una región llena de paradojas. También se aborda la relevancia del conocimiento en la era actual, así como la importancia de la institución universitaria para el desarrollo de la región y los desafíos que enfrentan la educación superior y las universidades. Finalmente, se exponen las ventajas que la tendencia mundial hacia la internacionalización de la educación superior ofrece a las instituciones y a los países de la región, así como las acciones necesarias para llevarla a cabo.

Palabras clave: instituciones universitarias Iberoamérica, población y desarrollo Iberoamérica, riqueza y desigualdad en Iberoamérica.

ABSTRACT

This paper outlines the unique features that make Ibero-America a region full of paradoxes. It also addresses the relevance of knowledge in the present age, the role the university institution plays in the region's development and the most pressing challenges it faces. Finally, it indicates the benefits that the global tendency in higher education towards internationalization presents to the region's countries and their institutions, as well as the actions needed to achieve this goal.

Key words: university institutions Ibero-America, population and development Ibero-America, wealth and inequality Ibero-America.